

## RECLAMEMOS LOS BIENES COMUNALES<sup>1</sup>

¿Qué es «el movimiento antiglobalización»? Escribo esta expresión entrecomillada porque inmediatamente me asaltan dos dudas sobre la misma. ¿Se trata realmente de un movimiento? Y si se trata de un movimiento, ¿es antiglobalización? Empezaré refiriéndome a la primera cuestión. Podemos fácilmente autoconvencernos de que se trata de un movimiento desde el momento en que lo enunciamos en un foro como éste –empleo demasiado tiempo en ellos– actuando como si pudieramos verlo, asirlo entre las manos. Desde luego, lo hemos visto en acción, sabemos que ha reaparecido en Quebec y en la frontera entre Estados Unidos y México durante la Cumbre de las Américas y el debate sobre una Zona de Libre Comercio en este hemisferio. Sin embargo, después abandonamos espacios como éstos, volvemos a casa, vemos un poco la televisión, hacemos las compras diarias, toda evidencia de su existencia desaparece y nos sobreviene el sentimiento de que nos estamos volviendo chifladas. Seattle, ¿fue aquello un movimiento o una alucinación? Para la mayoría de los que nos encontramos aquí, Seattle supuso una especie de fiesta de presentación pública de un movimiento de resistencia global, o la «globalización de la esperanza» como lo describió alguien durante el Foro Social en Porto Alegre. No obstante, para el resto, Seattle continúa significando café aguado, cocina de influencia asiática, billonarios del comercio electrónico y películas sensibleras de Meg Ryan. O quizá sea ambas cosas, y un Seattle alimenta al otro Seattle, y ahora coexistan con dificultad.

Este movimiento al que en ocasiones damos vida recibe numerosos apelativos: anticorporaciones, anticapitalista, antilibre comercio, antiimperial-

---

<sup>1</sup> «El Común» se refiere no sólo a «lo común», es decir, a lo público, sino específicamente a las zonas de terreno existentes en los pueblos de la Inglaterra precapitalista donde todos los habitantes tenían derecho a dejar pastar sus animales. El cercado y privatización del común representó un momento clave en la violenta transición hacia una economía industrial. [N. de la T.]

<sup>2</sup> El presente artículo es una transcripción de una conferencia pronunciada en el Center for Social Theory and Comparative History, UCLA, en abril de 2001.

lista. Muchas personas dicen que comenzó en Seattle. Otras sostienen que se inició hace quinientos años, cuando los colonialistas dijeron por primera vez a los pueblos indígenas que iban a tener que hacer las cosas de otro modo si querían «desarrollarse» o acceder al «comercio». Otras, por su parte, dicen que comenzó el primero de enero de 1994, momento en el que los zapatistas lanzaron su alzamiento al grito de *¡Ya Basta!* en la noche en la que el NAFTA se convirtió en ley en México. Todo depende de a quién se pregunte. No obstante, considero que resulta más adecuado dibujar un movimiento hecho de muchos movimientos, coaliciones de coaliciones. Hoy en día, miles de grupos están trabajando en contra de unas fuerzas cuyo hilo común es lo que en términos generales se podría describir como la privatización de todos los aspectos de la vida, y la transformación de toda actividad y valor en una mercancía. Habitualmente hablamos de la privatización de la educación, de la sanidad, de los recursos naturales. Sin embargo, el proceso es mucho más amplio. Incluye el modo en que las ideas poderosas se convierten en reclamos publicitarios y las calles públicas en centros comerciales; las nuevas generaciones pasan a ser objetivos del mercado desde que nacen; las escuelas se ven invadidas por anuncios; las necesidades humanas básicas tales como el agua se venden como mercancías; los derechos laborales básicos retroceden; los genes son patentados y aparecen en el horizonte bebés de diseño; las semillas son alteradas genéticamente y compradas, y los políticos son comprados y alterados.

Simultáneamente, existen hilos de oposición que adquieren forma a través de múltiples campañas y movimientos diversos. El espíritu que todos ellos comparten reside en una reclamación radical de los bienes comunes. En la medida en que nuestros espacios comunes —las plazas y las calles de las ciudades, las escuelas, las granjas, las plantas— son desplazados por el henchido mercado, se asienta un espíritu de resistencia por todo el mundo. La gente está reclamando parcelas de la naturaleza y de la cultura, y afirmando «esto va a ser espacio público». Los estudiantes estadounidenses están echando a puntapiés los anuncios de las aulas. Los ecologistas y los *ravers* europeos están organizando fiestas en lugares de abundante tránsito. Los campesinos tailandeses sin tierra están plantando vegetales orgánicos en campos de golf profusamente regados. Los trabajadores bolivianos están haciendo retroceder la privatización de sus reservas de agua. Herramientas como Naptster han estado generando una especie de común en internet, donde los jóvenes pueden intercambiar música entre sí, en lugar de comprársela a las compañías multinacionales. Se han liberado vallas publicitarias y se han puesto en marcha redes mediáticas independientes. Las protestas se están multiplicando. En Porto Alegre, durante el Foro Social Mundial, José Bové, a menudo tan sólo caricaturizado como azote de McDonald's, viajó junto a activistas locales del Movimiento Sem Terra a un cercano emplazamiento de experimentación de Monsanto, donde destrozaron tres hectáreas de grano de soja genéticamente modificado. Sin embargo, la protesta no se detuvo ahí. El MST ha ocupado la tierra y sus miembros están ahora plantando sus pro-

prios cultivos orgánicos en ella, comprometiéndose a convertir esta granja en un modelo de agricultura sostenible. En pocas palabras, los activistas no están esperando a la revolución, están actuando en estos momentos, en los lugares en los que habitan, estudian, trabajan y cultivan.

No obstante, también están surgiendo algunas propuestas formales cuyo objetivo es convertir estas reivindicaciones radicales del Común en ley. Cuando se estaba perjeñando el NAFTA y otros acuerdos del mismo tipo, se debatió largo y tendido sobre la incorporación de «acuerdos adicionales» al programa de libre comercio relativos a los derechos humanos y laborales, que se suponía incluían al medio ambiente. En la actualidad, se produce una ofensiva para dejarlos fuera. José Bové –junto a Vía Campesina, una asociación global de pequeños agricultores– ha lanzado una campaña bajo una única consigna «El mundo no está en venta» para eliminar la seguridad alimentaria y los productos agrícolas de todos los acuerdos de comercio. Quieren trazar una línea en torno al Común. Maude Barlow, directora del Council of Canadians, que cuenta con más miembros que la mayoría de los partidos políticos en Canadá, ha declarado que el agua no es un bien privado y no debería figurar en ningún acuerdo de comercio. Existe un amplio respaldo hacia esta idea, especialmente en Europa tras las recientes alarmas alimentarias. Habitualmente, estas campañas contra la privatización funcionan de forma independiente. Si bien, periódicamente también convergen, tal y como ha sucedido en Seattle, Praga, Washington, Davos, Porto Alegre y Quebec.

### *Más allá de las fronteras*

Lo que esto indica es que el discurso ha cambiado. Durante las batallas contra el NAFTA, aparecieron las primeras señales de una coalición entre los sectores organizados de la clase trabajadora, ecologistas, agricultores y consumidores activos en los países afectados. En Canadá, la mayoría de nosotros sentimos que estábamos luchando para mantener algo específico acerca de nuestra nación frente a la «americanización». En Estados Unidos, el discurso era muy proteccionista: los trabajadores estaban preocupados porque los mexicanos «roben» «nuestros» puestos de trabajo y rebajen «nuestros» niveles medioambientales. Mientras tanto, las voces de los mexicanos que se oponían al acuerdo permanecieron prácticamente fuera del radar público, a pesar de ser las más potentes. No obstante, tan sólo unos cuantos años después, el debate sobre el comercio se ha transformado. La lucha en contra de la globalización se ha metamorfoseado en una pelea en contra de las corporaciones y, para algunos, en contra del propio capitalismo. También se ha convertido en una lucha por la democracia. Maude Barlow fue la punta de lanza de la campaña en contra del NAFTA en Canadá hace doce años. Desde que el NAFTA se convirtiera en ley, ha estado trabajando con organizadores y activistas de otros países, y con anarquistas que sospechan del Estado en su propio país. En algún momento se la llegó a considerar el rostro del nacionalismo canadiense.

Hoy en día, se ha desplazado con respecto a dicho discurso. «He cambiado», sostiene, «solía contemplar esta lucha como la salvación de una nación. Ahora, la veo como una defensa de la democracia». Se trata de una causa que trasciende la nacionalidad y las fronteras estatales. La auténtica novedad que emergió en Seattle es que los activistas de todo el mundo están comenzando a ver sus luchas locales y nacionales —en favor de escuelas públicas con más recursos, en contra del antisindicalismo y el trabajo temporal, a favor de las explotaciones agrícolas familiares, y en contra de la creciente brecha entre ricos y pobres— a través de una lente global. Éste es el cambio más significativo al que hemos asistido en años.

¿Cómo se ha producido? ¿Qué o quién ha congregado este nuevo movimiento popular internacional? ¿Quién ha lanzado los memos? ¿Quién ha construido estas complejas coaliciones? Resulta tentador sostener que alguien ideó un plan maestro para la movilización en Seattle. Sin embargo, considero que lo sucedido se debió mucho más a una cuestión de coincidencia a gran escala. Muchos grupos pequeños se organizaron para acudir y, para su sorpresa, se dieron cuenta de lo amplia y diversa que era la coalición de la que ahora formaban parte. Aun así, si existe una fuerza hacia la que podemos sentirnos agradecidos por haber dado vida a este movimiento, se trata de las corporaciones multinacionales. Tal y como ha expresado un organizador del *Reclaim the Street*, debemos sentirnos agradecidos hacia los máximos dirigentes de las corporaciones por habernos ayudado a ver los problemas con mayor rapidez. Gracias a la ambición imperialista sin freno del proyecto corporativo en este período histórico —el impulso sin constricciones en pos del beneficio, liberadas gracias a la desregulación del comercio, y la ola de fusiones y absorciones de empresas, liberadas gracias al debilitamiento de las leyes anti-trust—, las multinacionales se han enriquecido ciegamente de tal forma, han aumentado sus posesiones de un modo tan vasto, han ampliado su alcance de un modo tan global, que han generado coaliciones para nosotros.

Por todo el mundo, los activistas se están alzando a lomos de las infraestructuras ya establecidas por las corporaciones globales. Esto puede traducirse en la organización de sindicatos transfronterizos, pero también la unión de diversos sectores: trabajadores, ecologistas, consumidores, incluso presos, que posiblemente mantengan distintas relaciones con una misma multinacional. De este modo, se puede desarrollar una campaña o coalición unitaria en torno a una única marca como General Electric. Gracias a Monsanto, los granjeros en India están trabajando con los ecologistas y los consumidores de todo el mundo para desarrollar estrategias de acción directa con el fin de eliminar los alimentos genéticamente modificados de los campos y los supermercados. Gracias a Shell Oil y Chevron, los activistas en favor de los derechos humanos en Nigeria, los demócratas en Europa y los ecologistas en Norteamérica se han unido para luchar en contra de la insostenibilidad de la industria petrolera. Gracias a la decisión del gigante de la restauración Sodexo-Marriott de invertir en la Corporación Correccional Estadounidense, los estudiantes

universitarios tienen la posibilidad de protestar en contra de la explotación que ejerce la industria carcelaria con ánimo de lucro simplemente boicoteando la comida que se sirve en la cafetería del campus. Otros objetivos son las compañías farmacéuticas que están tratando de limitar la producción y distribución a bajo precio de medicamentos para el SIDA, y las cadenas de comida rápida. Recientemente, los estudiantes y los trabajadores agrícolas en Florida han unido sus fuerzas contra Taco Bell. En el área de St. Petesburg, la fuerza de trabajo agrícola —muchos de ellos inmigrantes de México— reciben un promedio de \$7.500 al año por recoger tomates y cebollas. Gracias a un subterfugio de la ley, estos trabajadores carecen de poder negociador: los capataces de las granjas se niegan incluso a hablar sobre el salario con ellos. Cuando comenzaron a investigar quién compraba los productos que recogían, se dieron cuenta de que Taco Bell era el mayor comprador de tomates locales. Así que lanzaron una campaña bajo el lema «*Yo no quiero Taco Bell*» junto a los estudiantes, con el fin de boicotear a Taco Bell en los campus universitarios.

Desde luego, Nike ha sido la que más ha contribuido en el inicio de este nuevo tipo de sinergia activista. Frente a la toma de los campus por parte del *boom* Nike, los estudiantes se han organizado con los trabajadores que fabrican su indumentaria con emblemas del campus, así como con los padres y madres que se sienten preocupados ante la comercialización de la juventud, y las agrupaciones de iglesia que realizan campañas en contra de la explotación infantil; todos ellos se han unido gracias a las diversas relaciones que mantienen con un enemigo global común. Exponer los puntos débiles de las marcas del consumo de alto nivel ha proporcionado a este movimiento sus primeras narrativas, una especie de reclamo-y-reacción justamente contra las mismas narraciones que estas compañías cuentan a diario sobre sí mismas mediante la publicidad y las relaciones públicas. Citigroup, la mayor institución financiera norteamericana, con innumerables participaciones empresariales y acuerdos con algunas de las compañías más dañinas, constituye otro objetivo fundamental. La campaña en contra de esta institución entretiene con acierto docenas de cuestiones diversas, desde la evidente explotación forestal en California hasta los planes de petróleo-y-oleoducto en Chad y Camerún. Estos proyectos son tan solo un punto de partida. Sin embargo, están generando una nueva clase de activismo: en palabras de la activista universitaria Sarah Jacobson, «Nike es una droga de iniciación».

Centrándose en las corporaciones, los activistas pueden demostrar gráficamente el modo en el que se conectan numerosas cuestiones ecológicas, económicas y de justicia social. No he conocido a ningún activista que crea que la economía mundial puede transformarse compañía a compañía; no obstante, las campañas han abierto una vía de acceso hacia el misterioso mundo del comercio y las finanzas internacionales. El lugar al que apuntan son las instituciones centrales que dictan las reglas del comercio mundial: la OMC, el FMI, el ALCA [Área de Libre Comercio de las Américas], y para algunos, el propio mercado. También aquí el hilo

unificador es la privatización, la pérdida del común. La próxima ronda de negociaciones de la OMC está diseñada con el fin de expandir aún más allá el alcance de la mercantilización. Gracias a acuerdos secundarios como el GATS (*General Agreement on Trade and Services*) y el TRIPS (*Trade Related Aspects of Intellectual Property Rights*), se pretende lograr una protección aún más restringida sobre los derechos de propiedad de las semillas y las patentes de medicamentos, así como mercantilizar servicios tales como la sanidad, la educación y el abastecimiento de agua.

El mayor reto al que nos enfrentamos es destilar todo esto en un mensaje que sea ampliamente accesible. Muchos activistas entienden de un modo prácticamente intuitivo las conexiones que vinculan unas cuestiones con otras, como dice el Subcomandante Marcos, «el zapatismo no es una ideología, es una intuición». Sin embargo, para quienes lo ven desde fuera, el alcance mismo de las protestas modernas puede ser considerado como una cierta mistificación. Si uno escucha al movimiento sin proponérselo y desde fuera, que es lo que hace la mayor parte de la gente, posiblemente se oír lo que en apariencia constituye una cacofonía de mensajes desconectados entre sí, una lista de la colada en la que se mezclan agravios dispares carentes de objetivos claros. El año pasado, en la Convención Nacional Demócrata celebrada en Los Ángeles, recuerdo haber estado fuera del Staples Centre durante el concierto de Rage Against the Machine, justo antes de que casi me dispararan, y haber pensado que existían mensajes para todo por todas partes hasta un punto absurdo.

### *Los errores de la opinión pública predominante*

Este tipo de impresión se ve reforzada por la estructura descentralizada y no jerarquizada del movimiento, que invariablemente desconcierta a los medios de comunicación tradicionales. Escasean las ruedas de prensa bien organizadas, no existe un liderazgo carismático, las protestas tienden a apilarse unas sobre otras. En lugar de formar una pirámide, tal y como hacen la mayoría de los movimientos, con los líderes en la cumbre y los seguidores por debajo, el movimiento se asemeja más a una compleja red. En parte, esta estructura de tipo red es el resultado de una organización basada en internet. No obstante, también responde a las propias realidades políticas que en primer lugar hicieron estallar las protestas: la absoluta incapacidad de los partidos políticos tradicionales. En todo el mundo, los ciudadanos han contribuido a la elección de partidos socialdemócratas y socialistas para ver cómo acaban alegando sentirse impotentes frente a las fuerzas del mercado y los dictados de FMI. En estas circunstancias, los activistas modernos no son tan inocentes como para creer que los cambios se producirán a partir de la política electoral. Por este motivo están más interesados en desafiar estructuras que hacen que la democracia carezca de poder efectivo, tales como los planes de ajuste estructural, la habilidad de la OMC para pasar por encima de la soberanía nacional, la financiación corrupta de campañas electorales, etc. No se trata de hacer

de la necesidad virtud. Se trata de una respuesta en el ámbito ideológico a la idea de que la globalización responde en lo esencial a una crisis de la democracia representativa. ¿Qué ha generado esta crisis? Una de las razones básicas de la misma es el modo en el que el poder y la toma de decisiones han pasado de mano en mano hasta alcanzar extremos cada vez más alejados de los ciudadanos: de las instituciones locales han pasado a las provinciales, de las provinciales a las nacionales, de las nacionales a las internacionales que carecen de transparencia y posibilidad de seguimiento. ¿Cuál es la solución? Articular una democracia participativa alternativa.

Si se piensa en la naturaleza de las críticas formuladas en contra de la Organización Mundial del Comercio, ésta responde al hecho de que los gobiernos en todo el mundo han adoptado un modelo económico que precisa de mucho más que abrir las fronteras a las mercancías y a los servicios. Éste es el motivo de que no resulte adecuado emplear el lenguaje de la antiglobalización. La mayoría de la gente no sabe realmente qué es la globalización, y el término hace que el movimiento sea enormemente vulnerable a descalificaciones banales del tipo «¿si estás en contra del comercio y la globalización por qué bebes café?». Si bien, en realidad, el movimiento es un rechazo a todo aquello que viene de la mano del comercio y de la llamada globalización, un rechazo al conjunto de medidas políticas de transformación que todos los países del mundo han recibido instrucciones para aceptar si quieren acoger inversiones. Yo denomino a este paquete como el «McGobierno». Esta *happy meal* está hecha de reducción de impuestos, privatización de los servicios, liberalización de las regulaciones y ataque a los sindicatos. ¿A qué contribuye esta dieta? A eliminar todo lo que se interponga en el camino del mercado. Dejemos que el libre mercado circule, y cualquier otro problema se resolverá aparentemente por goteo. El problema no es el comercio. El problema es emplear el comercio para llevar a cabo la receta del McGobierno.

Así pues, la pregunta que formulamos hoy, mientras se produce la carrera hacia el ALCA [Área de Libre Comercio de las Américas], no es: ¿estamos a favor o en contra del comercio? La cuestión es: ¿tenemos el derecho a negociar los términos en los que se produce nuestra relación con el capital y la inversión extranjeros? ¿Podemos decidir cómo protegernos frente a los peligros inherentes a los mercados desregulados o tenemos que optar por no tomar parte en dichas decisiones? Estos problemas se agudizarán en mayor medida una vez nos encontremos en un período de recesión, dado el nivel de destrucción que ha sufrido lo que quedaba de nuestra red de seguridad social durante el *boom* económico. Durante el período en el que el desempleo era reducido, la gente no se preocupó demasiado por esta cuestión. Posiblemente se preocupen mucho más en el futuro próximo. Las cuestiones más controvertidas a las que se enfrenta la OMC son precisamente las que tienen que ver con la autodeterminación. Por ejemplo, ¿tiene Canadá derecho a prohibir un aditivo de la gasolina perjudicial sin ser demandado por una compañía química extran-

jera? No, de acuerdo con la política de la OMC en favor de la empresa Ethyl. ¿Tiene México derecho a no conceder el permiso para instalar un área de vertido de residuos tóxicos peligrosos? No, según Metalclad, la compañía estadounidense que en la actualidad ha demandado al gobierno mexicano por un valor de \$16,7 millones en pérdidas bajo el NAFTA. ¿Tiene Francia derecho a prohibir la entrada en el país de carne tratada con hormonas? No, según Estados Unidos, que contraatacó prohibiendo las importaciones francesas de queso Roquefort, que a su vez desencadenaron que un fabricante de queso llamado Bové desmantelara un McDonald; los estadounidenses simplemente pensaron que a éste no le gustaban las hamburguesas. ¿Tendrá Argentina que acabar con su sector público para optar a préstamos extranjeros? Sí, de acuerdo con el FMI, hecho que ha encendido la mecha de las huelgas generales que se han producido para denunciar las consecuencias sociales de este hecho. Se trata de la misma cuestión en todas partes: intercambiar democracia por capital extranjero.

Las mismas luchas por la autodeterminación y la sostenibilidad a menor escala están librándose frente a los diques erigidos por el Banco Mundial; explotación forestal indiscriminada, fábricas agrícolas de cultivos comercializables, y extracción de recursos en tierras que se quieren arrebatar a los indígenas. La mayor parte de las personas que forman estos movimientos no están en contra del comercio o el desarrollo industrial. Por lo que luchan es por el derecho de las comunidades locales a participar en el modo en el que sus recursos son empleados, luchan para asegurarse de que la gente que vive en un territorio determinado se beneficie directamente de su desarrollo. Estas campañas no son una respuesta al comercio, sino a un intercambio que tiene una antigüedad de quinientos años: el sacrificio del control democrático y la autodeterminación en aras de la inversión extranjera y la panacea del crecimiento económico. El reto al que se enfrentan ahora es transformar un discurso sobre la idea vaga de globalización en un debate específico sobre la democracia. En períodos de «prosperidad sin precedentes» se decía a la gente que no había elección, que había que seccionar el gasto público, revocar la legislación laboral, rescindir las medidas de protección del medio ambiente –declarando ilegales las fronteras comerciales–, dejar sin fondos a las escuelas, y no construir viviendas asequibles. Todo esto era necesario para que estuviéramos preparados para el comercio, para que fuéramos apetecibles a los flujos de inversión, y competitivos a escala mundial. Imaginemos por un momento las ventajas que nos esperan en tiempos de recesión.

Tenemos que ser capaces de demostrar que la globalización –esta versión de la globalización– se ha construido sobre las espaldas del bienestar humano local. Con demasiada frecuencia, estas conexiones entre lo global y lo local no se establecen. En su lugar, pareciera que en ocasiones contamos con dos modalidades de activismo aisladas entre sí. Por una parte, están los activistas antiglobalización internacionales que puede que estén disfrutando de un estado de ánimo triunfal, pero que parecen estar luchando por cuestiones lejanas, desconectadas de las luchas que la gente



libra en el día a día. A menudo se los considera elitistas: jóvenes blancos/as de clase media con rastas. Por otra parte, están los activistas de las comunidades que se batan a diario por la supervivencia, o por la conservación de los servicios públicos más elementales, y que a menudo se sienten quemados y desmoralizados. Están diciendo: ¿por qué demonios estáis tan entusiasmados?

El único camino claro hacia delante descansa en la confluencia de ambas fuerzas. Lo que en la actualidad es el movimiento antiglobalización debe convertirse en miles de movimientos locales que se enfrenten al modo en el que las políticas neoliberales están interviniendo a ras de tierra: ante la falta de vivienda, el estancamiento salarial, la subida de los alquileres, la violencia policial, la explosión penitenciaria, la criminalización de los trabajadores inmigrantes, etc. Luchas que abarcan todo tipo de cuestiones prosaicas: el derecho a decidir adónde van los residuos locales, a tener buenos colegios públicos, a contar con abastecimiento de aguas no contaminada. Al mismo tiempo, los movimientos locales que se enfrentan a la privatización y a la desregulación a ras de tierra han de vincular sus campañas a un movimiento global más amplio, que pueda mostrar adónde se ubican sus cuestiones particulares en relación con un programa económico internacional que se está llevando a cabo en todo el mundo. Si esta conexión no se establece, la gente seguirá sintiéndose desanimada. Lo que necesitamos es formular un marco político que pueda vérselas con el poder y el control de las corporaciones, y pueda fortalecer la organización y la autodeterminación en el ámbito local. Este marco tiene que estimular, celebrar y proteger con fiereza el derecho a la diversidad: cultural, ecológica, agrícola y, claro está, a la diversidad política: los distintos modos de hacer política. Las comunidades deben tener derecho a planear y dirigir sus escuelas, sus servicios y su entorno natural de acuerdo con sus propias concepciones. Evidentemente, esto sólo es posible dentro de un marco que establezca unas pautas nacionales e internacionales, en relación con la educación pública, con las emisiones de energías no renovables, etc. No obstante, el objetivo no debería ser que las reglas y los dirigentes alejados sean mejores, sino lograr una democracia próxima y a ras de tierra.

Los zapatistas tienen una frase para ello. Lo llaman «un mundo donde quepan muchos mundos». Algunos han criticado esta idea por tratarse de una no respuesta *New Age*. Estos sectores demandan un plan. «Sabemos lo que el mercado quiere hacer con los espacios a los que me he referido, ¿qué es lo que queréis *vosotros*? ¿Dónde está vuestro programa?» Creo que no deberíamos tener miedo a afirmar: «Eso no depende de nosotros». Necesitamos tener cierta confianza en la habilidad de la gente para gobernarse a sí misma, para tomar las decisiones que más les beneficien. Debemos mostrar cierta humildad donde ahora hay excesiva arrogancia y paternalismo. Creer en la diversidad humana y la democracia local es todo menos flojo. Todos los elementos del McGobierno conspiran en su contra. La economía neoliberal está comprometida en todos los niveles

con la centralización, la consolidación y la homogeneización. Se trata de una guerra librada contra la diversidad. Frente a ella, necesitamos un movimiento de cambio radical, comprometido con un mundo único en el que habiten muchos mundos, que se alce en favor del «un no y muchos síes».